



EL CUADRO DE DUNCAN GREY.



En Londres ha habido una gran esposicion de pinturas. Inmensa ha sido la concurrencia que á pié, á caballo y en coche, ha concurrido á Hyde-Park á ver la esposicion.

Los sábados la entrada es mas cara. Se pagaba una co-

SEGUNDA SERIE.—1863.

rona, unos veinte y dos reales de nuestra moneda. El sábado fué el punto de reunion de toda la aristocracia de lo mas *fashionable*.

Lo que mas chocaba no eran ni los brillantes colores, ni

AÑO XXI. 28

la lozana belleza de los cabellos de las señoras aprisionados en red ecillas, ni el fresco carmín de aquellas bocas talladas en corazon, ni la cristalina limpidez de sus miradas, no, era la audacia insolente de los mirinaques.

¡Ah! pobres mirinaques de España, modestas jaulas, ¡que tantos lábios masculinos han maldecido, y como quedásteis vengados!

¡Qué vuelo tienen los mirinaques en Inglaterra, qué desarrollo, qué ambicion! Si llegan á pasar dos por una calle, por ancha que sea quedan obstruidas.

¡Qué pena y qué trabajo para penetrar en la galería de pintura!

¡Montes de faldas, promontorios de mirinaques!

¡Y qué contraste formaban aquellos escuadrones de crinolin as peinadas con pequeñas coñas con penachos, y donde las mujeres pierden todas sus formas, y parecen unas cam-

panas con los trajes sencillos que dejan admirar toda la belleza de la mujer!

Un cuadro del célebre Wilkie, y que representaba la familia escocesa de *Duncan Grey*, y del que por su belleza presentamos una copia á nuestros lectores, nos hizo hacer esta observacion, así como la de que iguales acciones de que tanto cacarea la historia, son las cien trompetas de la fama, y cuya memoria pasa de generacion en generacion, se verifican casi todos los dias en el modesto rincon del hogar doméstico, de las mas pobres aldeas.

En el cuadro escocés una madre pobre prefiere la compañía de su hija á todos los dones de un rico pretendiente, y como la madre de los Gracos, mostrándosela le dice que ella es mas rica que los mas opulentos monarcas de la tierra, y no trueca su compañía por todos los tesoros.

¡Los hijos son la riqueza de sus madres!!!

RAMILLETES DE ALFONSO KARR.

BAJO LOS NARANJOS DE NIZA.

PRIMER RAMILLETE PARA LOS AMIGOS.

Cien tomos no me bastarian ni á mí ni á nadie para enumerar el mal que el hombre ha hecho al hombre. No se trata de otra cosa en la historia, y el tratar de ello seria escribir la historia universal.

Cuando un naturalista ó un filósofo os dice: «El hombre es el rey de la naturaleza: el mundo ha sido criado para él, para su uso,» os enganaís mucho, si creéis que en su mente piensa acerca de los demás hombres. Hojead las obras de los naturalistas y de los filósofos, y vereis el resultado que conseguís.

«El hombre es el rey de la naturaleza, está hecho á la imágen de Dios, etc.»

—¿Qué pensais acerca de los italianos? preguntad á un francés.

—El italiano, os responde, es supersticioso y falso.

Si preguntais á un italiano qué es lo que piensa acerca de los franceses, no vacilará en deciros:

—Gente revoltosa, inconstante, frívola, etc.

En mi particular no acepto estas zonas geográficas de caracteres; pues los franceses que viven en una orilla del Rhin se asemejan mas á los alemanes de la otra orilla, que á los mismos franceses limítrofes de España, á los de Bayona, por ejemplo. Todos los hombres se mezclan y se confunden en las márgenes y en los linderos; y además, en una campaña ó en un congreso las fronteras pueden mudar de sitio.

Para abreviar, no consulto sino á un francés.

—¿Qué tales son los españoles? le preguntareis al indicado francés.

—Los españoles, dirá, son vanidosos, fanfarrones, etc.

—¿Y los ingleses?

—Inglaterra, pérfida Albión, Cartago moderna; el inglés,

honrado para consigo mismo, es capaz de todo por el aumento de la prosperidad comercial de su país. La guerra no es para él un medio de gloria, sino un medio para perjudicar á los demás negociantes. No hace conquistas ni prisioneros, sino parroquianos.

No hay un solo país para con el cual vuestro interlocutor no tenga al punto invectivas y desprecios.

—¿Y los franceses?

—¡La Francia! la reina del mundo, la patria de todos, la patria de los que no la tienen, la patria de los desterrados, la capital de Europa.—El francés, de ingenio y valeroso, el pueblo mas valeroso y de mas ingenio.

—Muy bien. Desearia saber vuestra opinion acerca de la Normandía.

—El normando es amigo de pleitos, enredador por escelencia: «El normando es voluntarioso.»

—¿Y el champanés?

—¡Ah! ya sabeis el adagio: «Noventa y nueve carneros y un champanés.....»

—¿Y el de Mance?

—El de Mance equivale á normando y medio.

—¿Y el habitante de la Turena?

—En Tours lo que la mujer quiere, Dios lo quiere.

—¿Y de la Borgoña?

—El borgonés es precavido cuando ya no es tiempo.

Hacedle ahora algunas preguntas acerca de los distritos de París; ¿qué os parece el barrio de San German?

—La nobleza, las preocupaciones, el pasado.

—¿Y la calzada de Antin?

—La Banca, los lobos cervales de la Bolsa.

—¿Y la isla de San Luis?

—Unas momias.

Preguntadle en seguida cual es el distrito bueno para vivir, os designará el que habita, el barrio de Saint-Honoré, por ejemplo.

Habladle despues acerca de las diferentes profesiones, y empezará con sarcasmos contra todas, escepto contra la suya.

Ya llegamos, pero *seguimos mas adelante*. En efecto, se descubre que el hombre de quien se dice que es el rey de la naturaleza y la imágen de Dios, vive en el barrio de Saint-Honoré, y que no es abogado, ni médico, ni comerciante, ni trabajador; pues si le hablais acerca de los trabajadores, os dirá: «¡Bah! la plebe, el populacho, *la canalla*. Habladme de la gente de tono.»

Las personas de buen tono son como él, pero no os oculta que no hay muchas.

Habladle de su calle: la acera opuesta á la en que él vive está al Norte, y es preciso ser muy simple para vivir al Norte.

Examinemos la casa. ¿Quién vive en el cuarto principal?

—Un rico comerciante..... un adorador de Mercurio.

—¿Y en el segundo?

—Un imbécil.

—¿Y en el cuarto?

—Un fátuo.

El tercero..... es su cuarto; pero en el mismo piso hay otro cuarto al lado; vive en él un avaro, y la mujer del avaro..... es una coqueta.

Habladle en seguida de su mejor amigo, y empezará haciéndolos el elogio de éste, no para que lo creais, sino para que oigais y admireis lo bien que hace el elogio de su amigo. En efecto, aparentad que tomáis al pié de la letra las alabanzas que él ha exagerado algo, creyendo escitar vuestro buen sentido y que le propongais objeciones: pero encomiadlo aun mas que él, y muy en breve os confesará los defectos de este amigo.

En resumen, acabareis por ver que en la opinion del hombre que con algun cuidado habreis reconocido, el hombre, rey de la naturaleza, imágen de Dios en la tierra, y el francés el hombre de mas valor é ingenio, es mera y esclusivamente él mismo; que no estima ni admira sino á sí mismo, y que solo ama á sí mismo.

En el orden físico, cuando un hombre se cae en la calle, todos se echan á reir, todos los que lo ven caer, quedan alegres y satisfechos, y no querrian dejar de haber salido aquel día, ni de haber pasado por aquella calle ni que hubiese sido si no precisamente á aquella hora.

Lo mismo acontece en el orden moral: las grandes alegrías humanas consisten en ver caer á los demás hombres, verlos caer de elevada posicion, de gran fortuna, de resplandeciente gloria. Aun no se forma mucho escrúpulo en empujar algo á los que no caen muy de prisa.

Este odio del hombre contra el hombre es tan encarnizado y aun tan ciego, que olvidándonos muchas veces de nosotros mismos y acordándonos solo de que somos hombres, nos jugamos personalmente muchas malas pasadas, nos seducimos, nos engañamos, nos arruinamos, nos calumniamos, nos destruimos y nos matamos á nosotros mismos. En una palabra, lo repito, el hombre no ama sino á sí mismo, y aun apenas se ama á sí mismo.

Para ver bien el odio con que el hombre se persigue á sí mismo, observémoslo en cualquiera de sus diversiones, en el teatro, por ejemplo. ¿Creeis que ese caballero tan ostentoso y esa señora tan descotada están disfrutando del espectáculo y de la música? De ninguna manera; la mujer se ocupa

acerca del efecto de su tocado, y está pensando en el disgusto que esta feliz innovacion va á ocasionar á las demás mujeres. Esta pareja no vienén á ver el espectáculo, sino á servir de espectáculo. El hombre ha espuesto á la vista la mitad de su mujer para que por la muestra se la envidien, y la mujer ha sido admirada sin aprecio y criticada con pasion.—Ambos vuelven muy satisfechos.

¿Pensais que llegados á su casa no vuelven á ocuparse del espectáculo! pero la mujer critica los adornos ó los atractivos de las señoras de su círculo, y el hombre critica los modales de sus conocidos. Mientras tanto en otras cosas se ocupan de ellos, principalmente si han conseguido lucir y deslumbrar. Escuchemos á otro matrimonio.

LA MUJER. ¿Has reparado en la señora...?

EL MARIDO. La he notado.

LA MUJER. Estaba escandalosamente descotada. Y ¡qué tocado! la manía de singularizarse..... Porque nos ponemos flores en la cabeza, ella se pone frutas; no pierdo la esperanza de verla mañana en el Teatro Italiano con legumbres, con rábanos colorados y con perejil.

EL MARIDO. Su marido estaba con aire muy encopetado y muy tonto. Pero este pobre muchacho no ha inventado la pólvora. ¡Qué librea! ¡qué caballos! ¡Quiera Dios que eso dure! Su fin de mes en la Bolsa no ha sido tan brillante, etc.

Pero acerca de la *Ifigenia* ni de *Guillermo Tell* no se trata en este segundo matrimonio mas que en el primero.

El marido se prepara para hacerle una visita de confianza al hombre de quien acaba de hablar con tanto desden, y á procurar sacarle algun dinero.

La mujer se pone á pensar, si á la mañana siguiente ha de encargar en casa de Batton ó en la de Nattier un tocado igual al que acaba de declarar por muy ridiculo.

Conozco á un hombre que ha pasado toda su vida buscando un amigo.—Todos quieren tener un amigo, pero nadie se ocupa en serlo él. Entre dos amigos, igualmente que entre dos amantes, hay uno que ama y otro que es amado. Recientemente he encontrado á un hombre que iba con el semblante muy satisfecho.

—Al fin, me dijo, he logrado lo que queria: tengo un amigo.

—Os felicito, le contesté. ¿Y él tiene tambien un amigo?

No se dignó responderme á esta broma.

—Hace mucho tiempo, me dijo, he estado soñando con un Pilades ó un Eurialo. He hallado amigos de muchas clases: he tenido amigos que ni se cuidaban de mí ni yo tampoco de ellos. He tenido amigos que me odiaban y á quienes yo no amaba mucho. He probado, no encontrando en nadie la condicion de un amigo, he probado tener dos, del mismo modo que el labrador que no tiene un buey, trabaja con dos asnos. Era esto muy cómodo: á cada uno de ellos me quejaba yo del otro, y es lo que mas tiempo me ha durado.

He aquí como al fin he hallado un verdadero amigo; vecino mio era un trabajador bastante entendido; fui á buscarlo.

—¿Cuánto ganas diariamente? le dije.

—Seis reales, cuando tengo trabajo.

—¿Estarás contento con tener ocho reales diarios?

—Es cuanto desco.

—Pues bien, te tomo á jornal. Vendrás todos los días á mi casa. ¿A tí no te importará un trabajo mas que otro? Tu

ocupacion será venir conmigo á pescar, ó á dar un paseo, ó á jugar á las bochas ó á las cartas.

—Haré lo que queráis.

Al amanecer del día siguiente llegó mi hombre y tomó posesion de su cargo. Desde ese día soy el hombre mas feliz, tengo al cabo un amigo por el estremadamente módico precio de ocho reales diarios.

No os podeis figurar lo cómodo que esto es; le digo, porque la amistad exige miramientos: «¿Quiéres venir á pescar ó á dar un paseo?» No tarda sino el tiempo de ponerse el sombrero. «¿Quiéres jugar á las cartas ó á las bochas?» Es lo mismo que él desea. Reune las bochas y baraja las cartas, absolutamente como cuando yo estaba con los otros amigos míos. Si hay gente y quiero echarla de chistoso, lo tomo por blanco de mis bufonadas, por objeto de mis mas sarcásticos dichos, absolutamente como conmigo hacian mis antiguos amigos. Todas las noches le entrego sus ocho reales, y negocio concluido. Desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche viene á ser mi amigo con perfecta regularidad. Por lo demás, sabe que yo no me chancoo acerca de los deberes de la amistad; y si él empezara á amarme por la mañana un cuarto de hora mas tarde, si dejara de tener hacia mí un afecto sincero y decidido un cuarto de hora mas tarde, sabe positivamente que yo le desquitaría de sus ocho reales el cuarto de hora que de estravío me ocasionaba. Tiene la noche para descansar.

Fontenelle y el abate Dubos, antiguos amigos, comian muchas veces juntos. Ambos eran inteligentes en buenos bocados y no querian comer siempre con ignorantes. Ambos eran aficionados á espárragos; pero Fontenelle no los comia sino con salsa, y el abate con aceite. Esta grave cuestion se decidia comunmente en el ajedrez, en el cual ambos se preciaban de ser aventajados. Un día, era la primera vez que iban aquel año á comerlos, se renovó su altercado con mayor fuerza.

—¿Qué lástima, decia el abate, echar á perder con el odio-so pisto blanco tan magníficos espárragos!

—Quiero mejor no comerlos, que comerlos con aceite, respondia Fontenelle; si se ponen hoy con aceite, os los comereis todos, y mañana me encerraré solo para comérmelos á mi gusto, con salsa.

Disputóse con chiste y talento por una y otra parte; mas todo esto únicamente sirvió para afirmar en su opinion á ambos adversarios. Trajeron el ajedrez. Jamás hubo batalla mas formal, ni jamás se disputó la victoria con mayor encarnizamiento. El abate gana el primer juego. Fontenelle gana el segundo. El tercero, el predilecto, el que decidirá la cuestion, va á empezar; comienza: ambos enemigos guardan silencio, apenas respiran; los peones no marchan sino con muy largos intervalos; no se quiere dejar nada aq acaso, no se arriesga nada; no se comete una falta ni una imprudencia. Pero llega un momento en que es evidente que la lucha no tendrá resultado. Cada uno de los ejércitos ha quedado muy débil para dar mate al rey del otro. Estarian siempre peleando, sin vencerse nunca: el juego es nulo. ¿Se empezará otro? Los contendientes están abatidos y faltos de aliento. Por otra parte, se juega demasiado interés. ¿Comer por la vez primera espárragos y comerlos malos! no se puede correr el riesgo. El dios de los ejércitos, dejando incierta la victoria, ha dado su opinion: hacen venir

á la cocinera, la cual dividirá los espárragos, una mitad con salsa, la otra con aceite. Cada cual dá sus órdenes y hace sus encargos, y esperan la comida hablando de otra cosa. Hacia calor: el encarnizado juego de ajedrez ocupa violentamente la atencion y lleva la sangre á la cabeza. De pronto el abate se pone muy encendido, palidece, se tambalea y cae sin movimiento. Una repentina congestion lo ha muerto. Fontenelle, tira de la campanilla, abre la puerta y desde lo alto de la escalera dice á la cocinera que acude corriendo: ¡Todos los espárragos con salsa!

Es muy sencillo dejar su tarjeta en casa de un amigo á quien no se encuentra, para que el portero ó los criados no se olviden de decirle que habeis estado; pero enviar la tarjeta por medio de un delegado, en vez de manifestar una atencion ó una intencion, no puede servir, en buena lógica, sino para afirmar que estais muy decidido á no incomodaros en ver á las personas. Estas tarjetas podrian llamarse tarjetas de no-visitas.

Esto se asemeja á la antigua costumbre que tenian los reyes, de enviar un carruaje vacío al entierro de alguno de sus fieles servidores, cuya memoria querian honrar de este modo. Si todos los amigos de un difunto, que no puede hacerse reemplazar por un féretro vacío, siguieran aquel ejemplo, daría esto á los entierros cierta alegría que con mucha frecuencia les falta. En efecto, si vos enviáis vuestro carruaje, yo enviaré mis botas, y os desafío á que me probeis que no sería exactamente lo mismo.

Cuando un hombre es desgraciado, lo abandonan sus amigos; este es un principio repetido en verso, en prosa y en todas las lenguas: *Tempora si fuerint nubila*, etc.

Los amigos que abandonan al desgraciado, no le harían la mitad del daño que le hacen, si se contentáran con abandonarlo ó si dijese francamente que lo abandonan porque es desgraciado; pero tendrían vergüenza de esta manifestacion, y le inventan ó le encuentran faltas que alegan por motivo de su abandono.

Ahora bien, para quien juzgue sanamente, el que dijera muy claro: «Abandono á mi antiguo amigo» porque es desgraciado, no sería un modelo de amigo constante; quedaria muy atrás de Orestes y de Pilades, de Niso y de Eurialo, de Damon y de Pitias, etc., etc., pero sería cien veces menos malvado y menos vil, que si dijera: «Abandono á mi amigo, porque es culpable;» y sin embargo, en el segundo caso adquirirá en la opinion del vulgo cierto realce á causa de aquella aparente austeridad.

El que ha dicho: «Amo á Platon; pero amo la verdad mas que á Platon: *amicus Plato, sed magis amica veritas*;»—queria hablar de una amistad á larga distancia; era la filosofía de Platon la que él amaba y no á Platon mismo.

Es menester escoger su amigo entre los corazones honrados y las inteligencias elevadas; pero una vez contraida la amistad, queda el uno solidario del otro. Debe impedirse lo posible que el amigo cometa necesidades ó crímenes, pero si los comete, no es razon para abandonarlo. No pensamos en abandonarnos á nosotros mismos, hagamos lo que hiciéremos, porque es absurdo y físicamente imposible. Pues tambien existe una imposibilidad moral para abandonar al amigo, la cual para ciertas personas es al menos tan poderosa como la imposibilidad física: si vuestro amigo es cri-

minal, todo lo que podeis hacer es padecer y tener remordimientos juntamente con él, y aun acaso convendrá disimularlo. Resumamos:

En la mayor parte de las amistades no exijamos de nuestros amigos que no nos abandonen en la desgracia (esto sería pedir á las golondrinas que no dejaran nuestros climas, cuando el frio ha matado á los mosquitos de que ellas se alitan), pero roguémosles que no nos atribuyan faltas y crímenes, que nos abandonen en el hoyo donde hemos caído, sin darnos al marchar un pisoton en la cabeza.

Los AMIGOS.—Un amigo es un hombre armado contra el cual se lucha sin armas.

—Es un hombre que sabe precisamente donde ha de daros al sacar la espada.

—Es un hombre que conoce la escalera que va al cuarto de vuestra mujer; que sabe cuales son los momentos de frialdad y los instantes en que estais fuera de casa y la hora precisa á que volveréis.

—Un amigo es Judith que os adormece en sus brazos y os mata en medio de los gratos sueños que os procura.

—Es Dalilah que conoce el secreto de vuestra fuerza y de vuestra debilidad.

—Tomamos amigos como un jugador toma las cartas, y los conservamos mientras creemos ganar.

—El hombre que tiene un amigo á quien se asimila, presenta una superficie doble á los golpes de la desgracia. Se pueden romper cuatro brazos y cortarle dos cabezas; llevará el luto de dos padres y sufrirá la barahunda de dos mujeres.

—Entre dos amigos únicamente hay uno que sea el amigo del otro.

—Entre dos enemigos el mas peligroso es aquel que es amigo.

—Al fin de la vida se descubre que de nadie se ha sufrido nunca tanto como de su amigo.

—La amistad, sin embargo, sería una cosa santa y hermosa. ¿Pero quién hay que la comprenda? Cada cual, lo repito, desea tener un amigo, pero nadie quiere ser el amigo del otro. Se reduce lo que se llama su amigo á sus propias ideas, á sus gustos, y se le señala el camino que debe seguir. Hay límites donde la amistad cesa. Si vuestro amigo toma una resolución, antes de seguirlo, examinareis si tiene ó no razon? Esto sería lo que debería hacerse con respecto á un indiferente; mas con un amigo si es desgraciado, se debe ser desgraciado con él; y si criminal, se debe ser criminal con él. De todo cuanto hace, se debe llevar la responsabilidad, como se lleva la de sus propias acciones; pues dos amigos deben seguirse en la vida, como si no formasen sino una persona. La amistad no debe ser un pacto sino una asimilación; no se debe coger al amigo, sino serlo uno mismo.

PROVERBIO.—Conocí á un jóven de muy buena presencia, de cierto ingenio, algo valiente y rico; en una palabra, dotado de circunstancias para ser feliz. A fin de lograrlo, determinó poner en práctica este aforismo: *Es preciso tener en todas partes amigos.*

Hermann, pues, daba comidas, prestaba dinero, permitía á quien quiera que le devolviese sus caballos asmáticos; porque la benevolencia general era una de las condiciones de su vida. Jugaba al ajedrez y perdía; bailaba y lo hacia sin gracia; en fin, en nada tenia superioridad y no podia escitar la envidia, á no ser por su fortuna, pero esta no era de él.

Todos eran sus amigos y lo tuteaban: vivía contentísimo. Acaso si hubiera examinado de mas cerca los beneficios de esta amistad universal, habría visto que las personas que nunca cantaban, porque tenían mala voz, no presentaban reparo alguno en hacerlo delante de él. En el invierno colocábase lejos de la lumbre para ceder á un forastero el mejor sitio. Le daban de comer solo con la sopa y el cocido: *no se molesta uno con sus amigos*; todos se servían antes que él, y los niños enjugaban las pringadas en sus vestidos.

Cierto día un *amigo* le escribió en estos términos.

«Sálvate; me he metido en una conspiración que acaba de ser descubierta; se han apoderado de mis papeles. Como tú eres *mi amigo* y como sé que se puede contar contigo, te habia puesto de los primeros en la lista de los conspiradores. Nuestra suerte está decidida; todos seremos condenados á muerte. Huye sin perder un instante »

Hermann vivía en un barrio de la ciudad bastante retirado, el cartero vió que la carta para Hermann era la única que tenia que llevar á aquel barrio y creyó que no debía molestarse con un *amigo*; por lo que dejó para el día siguiente el llevar la carta, al mismo tiempo que otras que hubiese para el mismo barrio; pero no la llevó hasta los dos días. Detrás de él llegaron los soldados con la comisión de prender á Hermann.

El oficial de la tropa *amigo* de Hermann, no quiso tener el sentimiento de prenderlo él mismo y se quedó en la puerta; mas los soldados, no teniendo jefe que los contuviera, maltrataron mucho al preso.

Este, sin embargo, bajo pretexto de vestirse, se fué á un gabinete y se tiró por la ventana.

Cayó precisamente sobre el *amigo* a quien la sensibilidad detenía por desgracia en la puerta; el amigo dió un grito que alarmó, y Hermann fué vuelto á coger y llevado preso.

Formósele causa; toda la ciudad se hallaba convencida de su inocencia, pero los mas de los jueces se recusaron, para no tener que condenar en ningún caso á un *amigo*.

El acusador, que era *amigo suyo*, comprendió que su reputación de imparcialidad se hallaba sumamente comprometida á causa de sus relaciones con el acusado, y para combatir esta prevención, se vió obligado á acriminarlo mas que á ningún otro. Su abogado estaba tan conmovido, porque *lo quería*, que cuando fué á hablar, los sollozos sofocaron su voz; tomó en seguida un poco de ánimo; pero su memoria se hallaba trastornada, y los argumentos con que principalmente habia contado, se le presentaban muy en confuso, y su voz era débil y poco expresiva. Hermann fué condenado por unanimidad.

En vista del infinito número de *sus amigos*, la autoridad temía un golpe de mano y que violentaran la cárcel y se lo llevasen; por lo que lo llenaron de grillos y cadenas y no le dejaron el consuelo de ver á nadie. Llegó el día de su suplicio; por un momento la desesperación le dió fuerzas y desatando sus ligaduras, se escapó de los soldados y se habría fugado si la inmensa muchedumbre de *sus afectos* se hubiese apartado pronto para dejarle paso; pero lo cogieron y lo amarraron. El verdugo, que lo habia *querido mucho*, con dificultad podia contener su dolorosa sensación, y su mano vacilante no logró separar la cabeza del tronco sino al quinto golpe.

ALFONSO KARR.

DEL BUEN EMPLEO DEL TIEMPO.

El célebre Franklin, cuyo nombre nadie ignora, trató este argumento en varios artículos de periódicos, que llamaron sobremanera la atención de los anglo-americanos, sus compatriotas, y espuso acerca de la importancia é interés del buen empleo del tiempo, un crecido número de ideas, en parte nuevas, con mucha viveza y animación de estilo, en un breve opúsculo, que lleva por título: *La ciencia del buen hombre Ricardo*. El punto de vista, que se propuso el autor, se limita únicamente á reflexiones político-económicas; pero el fondo de su argumento y todas sus ideas, tienen una aplicación tan general, que pueden ocupar estas columnas tan solo variando un corto número de frases, y agregando al opúsculo mencionado otras ideas, que el mismo Franklin consignó en algunas de sus obras. Nosotros vamos, pues, á esponerlas, imitando el tono familiar que el sábio anglo-americano dá á sus conceptos, como no dejarán de notarlo los que lean con alguna detención este artículo.

«Mis queridos amigos y conciudadanos: (es el mismo Franklin, el que habla) es cierto que el cumplimiento de todas nuestras obligaciones exige gastos muy cuantiosos; pero si no se exigiera mas de nosotros, podríamos tal vez satisfacerlas no malgastando el tiempo, ni viviendo en el ocio. La holganza y la pereza contribuyen sobremanera á dar un colorido muy triste á las estrecheces que nos acosan. El orgullo es tambien un enemigo poderoso, que conspira contra la felicidad pública y privada, robándonos buena parte del tiempo, y nuestra inconsideración, por último, es muy perjudicial á su buen empleo. Todas estas cosas y otras muchas, que son una consecuencia de una conducta irregular, podemos considerarlas como impuestos voluntarios, que nos privan del tiempo; pero si queremos remediarlas, no olvidemos jamás esta sentencia del buen Ricardo: «Dios dice al hombre, ayúdame y te ayudaré.»

Si existiese, por ejemplo, un señor tan tirano y absoluto, que exigiese de sus vasallos la décima parte de todo el tiempo que tienen disponible, no cabe duda que esta condición sería insoportable. Pero, ¿no es muy cierto que una vida indolente y la aversión al trabajo nos tratan con mas tiranía aun? Si cada cual quiere calcular el tiempo que pasa en una ociosidad completa, ó empleándose en ocupaciones, que nada producen ¿no conocerá al cabo de una semana, y aun mas, al cabo de un año, que nuestras palabras no son aventuradas?—Dice el buen hombre Ricardo: «La llave, que se usa continuamente está siempre lustrosa;» y son tambien suyas estas palabras: «Si amas la vida, no prodigues el tiempo, que es la tela de que está hecha.» ¡Cuán largas son las horas que damos al sueño mas de lo necesario, no parando mientes en que nos espera un descanso eterno cuando estemos en el ataúd! Si el tiempo es el mas precioso de todos los bienes ¿por qué guardamos celosamente la joyas, y consideramos como nula la pérdida de días enteros?—Dice el buen Ricardo: «El tiempo perdido, aunque se busque con empeño, es imposible hallarle.»—La pereza todo lo hace difícil pero el trabajo lo allana todo.—El que madruga, se agita todo el día: el sueño excesivo entorpece el espíritu, y el dormilon no puede terminar jamás sus negocios, porque la noche le sorprende.—«La pereza, dice el buen Ricardo, mar-

cha con tanta lentitud, que la miseria no tarda en alcanzarla.»—¿Qué significan los deseos y las esperanzas de gozar tiempos mas dichosos, si nosotros podemos remediar con nuestro trabajo lo que exigen nuestras necesidades?—El que vive de esperanzas, se espone á morir de hambre.—Sin trabajo no hay ganancia.—Un oficio cualquiera vale tanto como una hacienda, y una profesión es una propiedad que dá honra y provecho.—El que es laborioso, no se amedrenta de la carestía, porque el hambre no se atreve á entrar en la casa del que trabaja.—No necesitamos hallar tesoros ni parientes opulentos, que nos declaren sus herederos, porque el amor al trabajo, como dice el buen Ricardo, «es la fuente de todas las prosperidades.»—Labremos mientras que el perezoso duerme, y tendremos trigo en abundancia; labremos durante todo el tiempo que llamamos hoy, porque ignoramos los obstáculos que podrán sobrevenir mañana. Por eso dice el buen Ricardo: «Mas vale un día aprovechado que años en holganza.» ¿No sería bochornoso para un dependiente, á quien su amo ha confiado todas las faenas de su casa, estar con los brazos cruzados? Pero el primer amo del hombre no es su conciencia, que le obliga á cumplir sus deberes? El que no trabaja, pues, no puede evitar el remordimiento de haber pasado los días en la holganza con perjuicio de su familia, de sus conciudadanos, de su patria y de sí mismo. Para el hombre perseverante no hay trabajos pesados, ni carece jamás de fuerzas, porque su misma perseverancia vence paulatinamente todos los obstáculos, y acaba por obrar maravillas.—Dice el buen Ricardo: «Una gota continúa de agua taladra el mármol.»—Contra el trabajo y la paciencia, no hay imposibles.—Los golpes repetidos del hacha, aunque sean muy ligeros, cortarán por último, una gruesa encina.—Desconfiad de los que dicen á cada paso: «¿No necesita el hombre sus horas de descanso?» Este lenguaje es propio de todos los holgazanes, que pretenden disculpar su ociosidad.—«La vida tranquila, como dice el buen Ricardo, es muy distinta de la ociosa.»—La primera consiste en conservar serena su propia conciencia, en ser dócil, afable, amante de su familia, y en vivir separado de todo lo que contribuye á agitar el ánimo; la segunda consiste en aborrecer todo lo bueno, porque nadie puede lograrlo sin actividad. ¿Creeis, pues, que la holgazanería puede proporcionarnos mayores placeres que el trabajo? Os engañais, porque, como dice el buen Ricardo:—«La pereza engendra cuidados, da alas á las pasiones desenfrenadas, y produce penas intolerables.»—Los que quieren vivir sin ejercer un oficio ó profesión y aborrecen el trabajo, se diferencian poco de los caballeros de industria, que se proponen explotar el país y las bolsas ajenas.—La hilandera constante no carece jamás de camisa, y el hombre laborioso es apreciado por todos los demás.—«Al que tiene ganado propio, todos le dan los buenos días,» como dice el buen Ricardo.—Pero el trabajo no será muy provechoso, ni el empleo del tiempo muy útil sin la firme resolución de no interrumpir nuestros cuidados; y todo hombre discreto vigilará sus negocios por sí propio, pues que, como dice el buen Ricardo, «La demasiada confianza tiene á dos enemigos, que la persiguen: el engaño y el fraude;» y luego añade: «El que quiera prosperar no confie á nadie sus negocios, y el que quiera arruinarse, puede conseguirlo descansadamente encargando á otros su desempeño.»—Reparemos en las faltas mas insignificantes, si aspiramos á ser buenos administradores de nuestra ha-

cienda; y no olvidemos, que por falta de un clavo se pierde una herradura, por falta de una herradura un caballo, y por falta de un caballo, el jinete, porque su enemigo le alcanza y le mata. Pero todos estos inconvenientes, ¿no han sido ocasionados por la falta de un solo clavo? Para aprovechar el tiempo es menester que el trabajo tenga por compañera inseparable la economía, y el que así no lo hiciere, dará un adiós á su bolsa.—«Cuanto mas sustanciosa es la comida, tanto mas flaco será el testamento:» como dice el buen Ricardo; y luego añade: «Muchas fortunas se disipan porque las mujeres gastan mucho tiempo en ataviarse y en beber su té; y los hombres creen muy á menudo, que les aprovecha mas arreglar el mundo con sus planes, que dedicarse á un oficio ó profesion.»—El que quiera ser rico, que no se contente con aprender el modo de ganar, si no ha estudiado de antemano los medios de economizar. Renunciemos, pues, á los gastos innecesarios; renunciemos al lujo, hijo de un orgullo infundado; y no perdamos jamás de vista que muchas necesidades del hombre son mas bien imaginarias que reales.—Dice el buen Ricardo: «Es mas costoso alimentar un vicio, que mantener dos hijos.» Los hombres poco calculadores creen que una mesa mas ó menos regalada y una francachela de tiempo en tiempo con sus amigos, no son objetos de grande importancia; pero el buen Ricardo dice, apoyándose en la experiencia. «De muchas gotas de cera se hace un cirio pascual.»—Un agujero pequeñito basta para llenar de agua un gran navio, y sumergirlo.—Un objeto cualquiera, por muy poco costoso que sea, no saldrá nunca barato al que lo compre sin necesitarlo. «He visto, dice el buen Ricardo, á mucha gente arruinada por haber hecho buenas compras.»—El que emplea locamente su dinero, tarde ó temprano se arrepentirá.—Yo conozco á muchos, que para adornarse con un traje nuevo, que no necesitaban, han hecho ayunar su vientre, y han privado de pan á su familia.—Las telas de seda, las de oro y plata, y los terciopelos suelen apagar el fuego de la cocina.—Para cada persona, verdaderamente pobre, os doy cien indigentes voluntarios.—Un campesino laborioso y económico, hincado de rodillas, es mas grande que un hidalgo derrochador puesto en pié.—Antes de satisfacer nuestros caprichos, consultemos nuestras verdaderas necesidades y nuestra bolsa.—La vanidad es un mendigo muy exigente, y tiene las pretensiones mas ridículas.—Guardémonos, pues, de satisfacer un primer capricho, si no queremos facilitar el paso á otros mayores, y desterramos de nuestra mente la loca pretension de rivalizar con los ricos.—Los grandes navíos pueden desplegar sus velas con seguridad en los mares borrascosos; «pero los barquichuelos no deben separarse de la costa,» como dice el buen Ricardo. El orgullo, que come en compañía de la vanidad, cenará con el desprecio, y el que malgasta lo suyo para adornarse con galas é imitar á los grandes, podemos compararle á una mariposa, que á pesar del brillo de sus colores, no deja de ser un insecto. Pero ¿qué diremos ahora de muchos hombres, que en vez de emplear bien su tiempo, y economizar su hacienda, contraen deudas para satisfacer sus vanidosos caprichos, gastando en cosas supérfluas? Esos hombres venden su libertad, y se hacen esclavos de sus acreedores. El que no puede pagar cuando cumple el plazo, se vé obligado á esconderse, y si se encuentra con su acreedor se ve en el duro trance de humillarse, escusándose con miserables pretextos, y concluirá deshonorándose con la mentira. «El primer

vicio, dice el buen Ricardo, es empeñarse, y el segundo mentir:» y luego añade: «El que contrae deudas tiene por sus compañeros la desvergüenza, la esclavitud y la mentira.»—«¿Qué diríamos nosotros, si un amo déspota y tirano prohibiese á sus criados comer y beber lo que es de su mayor agrado, amenazándoles con severos castigos si no se sometían á sus órdenes? Diríamos que este amo no es tan solo un tirano prepotente, sino tambien un hombre irracional; pero nosotros si contraemos deudas, ¿no seremos mas tiranos aun contra nuestra libertad que este amo imaginario, poniéndonos en la lastimosa situacion de tenernos que contentar forzosamente con un escaso sustento? «En la escuela de la experiencia, como dice el buen Ricardo, las lecciones cuestan muy caras.»—El hombre juicioso, pues, escucha atentamente los buenos consejos, y no deja de conocer que es mas oportuno inclinarse á la razon que someterse desesperadamente á la desgracia, como nos lo evidencia lo que vamos á narrar.

«Un hidalgo muy opulento se habia criado en la ociosidad, y no conocia mas placeres que los regalos de la vida. Pasaba diez horas sumido en el sueño, otras dos ó tres durmiendo sobre un sofá, otras las empleaba en conversar con sus amigos, y en vaciar copas alegremente, y las restantes en una indolencia vergonzosa. Su placer mas favorito eran los convites, y halagaba su imaginacion con la idea de las viandas esquisitas que le esperaban, no ya porque era un gloton, ni tampoco porque preferia los regalos de la mesa á todos los demás placeres, sino porque se habia acostumbrado á una vida del todo material, que habia embrutecido su espíritu. Nuestro hidalgo, despues de haber heredado un pingue patrimonio, pasó los primeros diez años en este estado. Algunos de sus amigos, sin embargo, le daban el honroso título de hombre virtuoso, porque no se embriagaba con frecuencia, ni era de costumbres estragadas y disolutas; pero la ociosidad ¿no es la madre de todos los vicios?

Una noche nuestro hidalgo, dando rienda suelta á una multitud de ideas muy distintas, que se agrupaban en su mente; volvió la vista hácia lo pasado, y comenzó á examinar con alguna detencion el sistema de vida, que habia adoptado, y á reflexionar con especialidad en el crecido número de seres, que le habian servido de alimento. Poniéndolo todo á cálculo riguroso, tuvo por resultado, que en el trascurso de diez años habian sido sacrificados para regalar su apetito cerca de seis mil animales cuadrúpedos, volátiles y acuáticos. Calculó además toda la flor de harina que habia consumido, y los innumerables toneles de cerveza, vino y otros licores, que habian dado mas esplendidez á su mesa. Todos estos cálculos lo entristecieron, y exclamó: «En tantos años ¿qué he hecho yo en beneficio de los hombres, y que he hecho para prestar adoracion al Ser Supremo? ¡Cuán ta profusion de dinero empleado para un hombre inútil! El animal mas estúpido entre todos los que he devorado, merecia mas consideraciones que yo por haber cumplido con su destino, que le habia condenado á servir de alimento al hombre. ¡Oh ignominia, oh tiempo perdido sin remedio!

«Nuestro hidalgo, pasando de reflexion en reflexion sobre el mismo asunto, acabó por convencerse de que su conciencia y su decoro exigian imperiosamente, que adoptase otro sistema de vida, y así lo hizo. Con efecto, vivió largos años practicando todas las virtudes cristianas, poniendo en juego todos sus recursos para bien del prójimo, y des-

pues de haber desempeñado un papel muy brillante entre sus compatriotas, murió reconciliado con Dios y con el mundo.»

Esta breve historia sirva de ejemplo á todos los hombres, y principalmente á los jóvenes, para que prefieran á la holganza y á los regalos de la vida el cumplimiento de los deberes sagrados, que nos imponen la religion, la sociedad en que vivimos, el amor á nuestros semejantes: y en tanto nosotros vamos á poner término á este artículo, trascribiendo unos pocos versos del célebre vate inglés Thomson, traducidos al castellano, para que los preceptos morales, que encierran se estampen en la memoria de todos los hombres que quieran dirigirse por la senda, que pueda conducirles á la verdadera felicidad:

«Gran Dios, creador del día y de la vida,
 «Apártame del vicio y la locura,
 «Brille tu majestad ante mis ojos,
 «Y que del bien conozcan la hermosura,
 «La bajeza del mal y sus errores....
 «Concédeme la paz, virtud y ciencia,
 «Que de este modo de una eterna dicha
 «Mira adornada el hombre su existencia.»

SALVADOR COSTANZO.

GALATEA.

PROVERBIO DEL TIEMPO DE LOS FENICIOS.

T. DE SENSITIVA.

La escena tiene lugar en un magnífico taller de escultura, de forma semicircular, rodeado de un pórtico de columnas, en cuyo centro una gradería conduce á un templete cubierto por una cúpula dorada.

El piso está lleno de trozos de mármol, estatuas principiadas y grupos comenzados. En el fondo, dentro del templete, se percibe una figura de tamaño natural, sobre la cual flota un velo trasparente de color de fuego; la estatua es de mármol blanco, lleva una corona de rosas en la frente y un ramo de sensitivas en la mano derecha colocada en el pecho; con la izquierda sostiene un extremo del velo.

Un escultor está sentado sobre un taburete, con el codo sobre una mesa de piedra, sumergido en meditacion profunda é inquieta.

Levántase de repente, toma del suelo los utensilios de su arte, dá por intervalos algunos golpes de cincel sobre varias figuras á medio labrar, se para y dice con aire descontento y apocado.

PIGMALEON.

Aquí no hay espíritu, aquí no hay vida. Solo son mármoles que para nada me sirven. Pigmaleon ¿dónde está tu pasado genio? ¿Qué se hizo de tu antigua habilidad? El fuego que me animaba está apagado; mi imaginacion sucumbe, y el mármol sale helado de mis manos. Antes, de mi taller nacian las divinidades del Olimpo; ahora ni Palas, ni Juno, ni Venus habitan en mi estancia. Pigmaleon es un vulgar artista.

Viles instrumentos de mi efímera gloria, no deshonreis á

un discípulo de Apolo, al orgulloso escultor de Chipre, que se figuraba émulo del mismo Júpiter... os detesto.

(Tira con desden los utensilios. Despues se pasea con los brazos cruzados).

Pigmaleon, ¿acabas de adormecerte en la estupidez, ó renaces sin el sagrado aliento de tu protectora Minerva? ¡Estraña trasformacion en mi juicio, en mi sensibilidad y en mis creencias!

(Mirando á través de la columna de la izquierda, tras la cual se divisa el mar, y enfrente la ciudad de Tiro en lontananza).

¡Tiro, ciudad de la soberbia y de la opulencia! ¡Inmensidad de edificios que ocupas la entrada del mar! ¡Emporio de pueblos y de islas! ¡Oh Tiro, tú que dijiste... Yo soy de una hermosura perfecta; yo ocupo el corazon del mar; mis padres descienden del Yemen; sus hijos labraron mil naves de los abetos del Sanir, y trajeron cedros enteros del Líbano para servir de mástiles; ellos labraron remos de las encinas de Basan, los bancos de marfil de la India, las velas de lino pintado por los egipcios, y el pabellon de púrpura del Peloponeso. Yo que he esclavizado á los moradores de Sidon, he enseñado el arte de navegar á los aradios, á los sábios de Fenicia y á los ancianos de Gebai; yo que he conducido bajo mi bandera á los persas, los lidios, los de la Libia, los de Arad y los pigmeos; yo que tengo por factorías á Cartago, á la Grecia, á la tierra de Thubal y de Mosoch, que me proporcionan oro, plata, hierro, estaño y plomo; yo que recibo caballos de Frigia, elefantes del Ganges, madera de ébano de Dedán, perlas de Siria, trigo del Nilo, bálsamo y miel de Judá, aceite y resina de Israel, vino y lanas de Damasco, mirra y cana aromática de Caria, alfombras del Eufrates, corderos y cabritos de la Arabia, sedas carmesíes de la Carmania; yo soy la favorita de las diosas, yo soy la mas rica colonia del Oriente; yo soy inmortal como el Olimpo.—¿Esto dijiste, insensata ciudad de Tiro? Escucha.—Allá á las orillas del Jordan ha comparecido un profeta que viene de Babilonia, y ha escrito contra Tiro este anatema.—Hijo de hombre, dí á Tiro:—Esto dice el Señor Dios.—Por cuanto has henchido tu corazon de vanidad y has querido sentarte en la misma silla del Señor sobre las aguas; tú que eres carne para ser consumida y juzgas ser divinidad: tú que te llamas la sabiduría del Oriente, la riqueza de los mares, y la fuerza de Occidente.... oye lo que dice el Señor Dios.—Tú, Tiro la perfecta, la hermosa, la soberbia, que te crees en las delicias del Paraíso; que vas cubierta de sardio, topacio, jaspe, crisólito, onix, berilo, zafiro, carbunco y esmeralda; que andas sobre pavimento de oro y que te adormeces en lechos de púrpura al son de flautas; tú, que al verte en la cúspide de la grandeza mundana, como el querubín exclamaste ¿quién como yo? Por tu pecado, prostituta de las aguas, te arrojaré del monte sagrado, y destruiré tu magnificencia; cubriré de lodo tu corazon que se ha corrompido, y derramaré ceniza sobre tus palacios. La peste y el luto pasará por tus calles; espinas punzarán tu lengua, hiel beberán tus labios, porque eres maldiciente, falsa y lujuriosa; tus riquezas desaparecerán como el humo, tus flotas se hundirán en el abismo, tu raza desaparecerá de la tierra, tu último hijo verá esparcidas sus entrañas por la tierra y su sangre verá lamer por las fieras. Los siglos venideros sabrán que estás reducida á la nada!..»